

# ATRAPADO EN EL TIEMPO

Como todos los días, el maldito despertador dio su esperpéntico grito, marcaba las 7:30 del día 4 de Febrero. Como todos los días, lo apagué de un manotazo mientras le maldecía y juraba que un día lo tiraría por la ventana. Como todos los días, me levanté al baño y al verme frente al espejo descubrí un par de arrugas más y algunos pelos menos. Como todos los días, tuve que salir corriendo de casa, con el desayuno todavía en la boca, pues llegaba tarde al trabajo. Mientras me dirigía al metro, me saludó Manu, el dueño del bar bajo mi casa, siempre tan sonriente. Le hice un gesto con la mano mientras pensaba “qué bien vive este tío, él manda en su bar y va cuando quiere”, mientras sentía una punzada de envidia en la boca de mi estómago.

El metro iba lleno, como todos los días, y maldije una y otra vez a toda aquella chusma que no dejaba de empujarme y parecía que no se habían duchado en una semana debido al fétido olor a sudor.

Al llegar al trabajo, como todos los días, el portero hizo ademán de saludarme por lo que bajé la mirada hasta mis zapatos para no tener que verle la cara sonriente. Llamé rápidamente al ascensor mientras escuchaba detrás de mí un “Buenos días don Pedro”

Como todos los días, la mesa llena de papeles, el correo lleno de mails de trabajo. El jefe que llega y descarga en mí sus neuras. La secretaria que me cuenta por enésima vez los primeros pasos que ha dado su recién nacido hijo, como si a mí me importase. Mi compañero de trabajo que no deja de maldecir a su esposa y me pide consejo sobre si debe divorciarse o no... como todos los días.

Esta vida me agobia, tengo que hacer algo, no puedo seguir más. Así que hablo con mi jefe y le digo que me voy, que dejo el trabajo. Al salir no me despiden de nadie, estoy harto de todos. Salgo rápidamente del edificio mientras escucho a mi espalda al portero “Buenos días don Pedro”. Ahora sí que van a ser buenos días, pienso sin devolverle ni siquiera la mirada.

Voy a un parque y me siento a ver a la gente pasar. ¿Pero a quién se le ocurre a esas horas de la mañana hacer footing? ¿Están locos? Me canso sólo con verles. ¿Y esos malditos perros que cagan en todos lados mientras sus dueños miran a otro lado? ¿Y esos niños que corretean y no dejan de gritar? ¿No se les puede poner un bozal?

No aguanto a la gente, así que decido irme a casa a ver un poco la tele ¡Qué asco de programación! No se puede ver nada, todo anuncios. Decido leer un libro justo en el mismo momento en el que el vecino hace alarde de su sordera y pone altísima esa mierda de música rock que escucha. Así que pienso que lo mejor es ausentarme de todo y de todos, este mundo no está hecho para mí. Tomo una pastilla para dormir y me meto en la cama.

Dentro de unos minutos todo se acabará y podré descansar en paz. Pero mientras el sueño me embriaga, el frío dolor del miedo me hace resistir despierto un poco más. ¿Qué pasará mañana cuando me levante? ¿La misma vida asquerosa que vivo? ¿El mismo odio a los demás? Además perdí mi trabajo ¿cómo voy a poder vivir ahora? ¡Dios mío qué he hecho, estoy arruinando mi vida! Ahora era yo a quien maldecía.

Y mientras peleaba con estos pensamientos... sonó el despertador. Esta vez su sonido no fue tan horrible, me había sacado de una horrible pesadilla. Pero no me quedé agusto hasta que vi la fecha: 7:30 del 4 de Febrero. ¡Todo había sido un sueño, un mal sueño, menos mal!

Ese día al mirarme al espejo no vi un par de arrugas más sino una cara madura capaz de hacer lo que se propusiera, capaz de ser feliz. Ese día saludé con una sincera sonrisa a todos con quien me encontraba. Ese día escuché a los demás e intenté solidarizarme con ellos. Ese día descubrí la alegría en los niños y en los perros del parque. Ese día me di cuenta que la vida podía ser bella. Y en ese mismo instante, me sentí feliz.

Pedro Alonso

4/2/2010